Un pie de cueca inolvidable

Recordar es una de las cosas de este mundo que nos permite entender que podemos seguir conscientemente vivos. Millones de momentos rebobinados, en los que, sobreviviendo, mutamos a eufóricos, tristes o nostálgicos. Incluso violentamente mutilados, podemos seguir dentro de nuestros corazones intactos. Ese hilo de sucesos con forma de relato, que huele a naftalina, pero que brinda emociones frescas cada vez que se las necesita, tiene la particularidad de configurarnos en nuestro entorno, de darnos una voz y una apariencia, pero, sobretodo, darnos nuevas oportunidades.

- "¿Para dónde vas tan rápido? Ten cuidado al salir, no olvides tu mascarilla". –"Sí, mamá, tranquila".

Se escucha desde lejos, con unos pasos presurosos, una voz infantil y el sonido de un fuerte golpe, golpe que nos deja solos a mi madre y a mí, fuera de la contingencia para respirar al unísono, para mirarnos y coordinar con nuestros gestos y ademanes preocupación y desvarío.

Mi madre, una mujer fuerte, de piel dura y ojos dulces como melocotones, que no tiene problema alguno en opinar sobre todo, ha venido de visita con mi hermano pequeño para traerme algunas cosas. El argumento es el mismo: "siempre serás mi hijo por lo que me preocupo de que no te falte nada".

Sé muy bien que eso no es todo lo que la trae por estos lados, hay un silencio que la incómoda, que la hace ser insistente. Sus preguntas van desde lo superficial hasta aquello que no me interesa responder, cosas que muchas veces no tenemos claras, pero que dejamos por ahí, en segundo plano, para que nos consuman de a poco, pero no le demos mucha importancia.

- "Tranquila Mamá, todo está bien". - (Soy poco convincente, lo sé, no tengo ánimo) La mirada de mi señora madre tiene un halo de blanca sabiduría, es penetrante, con lo que esa mirada te da puedes ir a la guerra o emprender un negocio riesgoso, o lo que sea, solo que llegar a mis problemas presenta una dificultad enorme, es sólo eso.

Junto con poner la mesa le voy comentando de los avances en el posgrado, de lo nefasto de la situación actual del país, de cómo estamos cambiando, adaptándonos; de mi amigo Pepe que alcanzó a salir del país para volver con su familia. Mi madre se reía con mis tallas; tenerla conmigo me hacía sentir mejor, indudablemente, ¿a quién no? Las madres son el baluarte del que da gusto jactarse. Reconforta verlas sonreír.

Estuvimos más de 2 horas arreglando el mundo. Para mí fueron segundos, claro, cortados con la interrupción de "Joshe" el hermano que volvió de las compras y que se sumó a la mesa.

No tiene caso debatir con una madre, con los años ciertas posturas se vuelven de acero, y eso, por falta de roce con la vida, no he llegado a concluir si es bueno o malo. Quizás la vida te golpea tanto que se te hace imposible valorar otra opinión, por más buenos argumentos que te puedan dar. Al menos estoy en ese momento de la vida en donde puedo reconocer que nosotros los jóvenes no siempre tenemos la razón y ellos los "adultos" no siempre están equivocados, como si su edad los inhabilitara de ayudar o de aconsejarnos.

Estuve ido largos ratos de su visita, me hablaba, pero me distraía con lo que escuchábamos en la televisión, no fue tanto tiempo tampoco, creo, pero ese instinto de madre la llevó a susurrarme ciertas cosas que fueron clave para que desactivara mis defensas, habiendo ya comido nuestra sencilla cena. – "Hijo, el corazón tiene la capacidad de regenerarse para volver a amar. Que cuesta asumir las heridas y el dolor, no cabe dudas, pero, si eres lo suficientemente hombre, te podrás parar para darle cara a lo más bello que te da la vida".

Su voz suave y respetuosa, y la convicción detrás de sus palabras, me dejaron pasmado. Fue como sentir que me habían descubierto. Por segundos no dije nada, sino que miré hacia abajo y ella terminó de servirse su taza de café.

No había reparado en que ese día había sido muy triste y solitario, no sólo porque la pandemia nos había quitado nuestros amigos, ni porque la mujer que amaba ya no estaba conmigo, sino que yo mismo no me articulaba en función de mi entorno. Mi departamento parecía un mausoleo de un alma viviente, ni siquiera el color celeste del muro del living podía hacer algo al respecto. Estaba "ido". Recuerdo haber leído algunos artículos en el diario, junto con mi café matutino, y luego salir a comprar algunas cosas que me hacían falta. Sentí que mi día podía perfectamente terminar ahí, no sabía que más hacer y sólo era el mediodía.

Creo que no soy el único al que le pasa esto, estamos luchando con nuestro deseo de estar cerca otra vez con aquellos que queremos, de salir nuevamente, de tomar algo y conversar de política, de música, de todo, y volver a dormir días enteros.

Nadie sabe si todo volverá a ser como antes, pero, al menos, yo tengo esperanza de que le daremos la vuelta y será todo mucho mejor, porque lo que se tiene no se valora hasta que lo perdemos, en ese momento valoramos realmente a las personas, su cariño y amistad, lo feliz que te hace una tarde con amigos, una rica cena con tu familia, ir a gritar en un partido de fútbol o todo lo cotidiano que se ha perdido.

Al levantar nuevamente el rostro me fije en un cuadro que tenía en frente del comedor, no es que me guste mucho el arte, ni siquiera sé a qué época pertenece, pero lo había comprado para hacer contraste con los colores de mi cocina. Se veía hermosa. Además sentía que daba gusto estar ahí, limpia e iluminada, un chef de cinco estrellas Michelin parezco en mi imaginación y sólo cocino comida de supervivencia, pero es rico tener tu espacio óptimo para ir aprendiendo nuevas cosas.

En ese lugar que me gusta, quizás el que más de mi casa, estaba la mujer más importante de mí vida, que me estaba tratando de sacar del hoyo en el que había caído, por culpa de otra mujer.

Catalina fue, hasta unos pocos meses atrás, mi proyecto más importante. La había conocido en la universidad, estudiaba Ingeniería en marketing y topábamos en algunos ramos. Fue amor a primera vista, sin duda alguna, pero no se cree en ese tipo de amor hasta que te pasa. No parecía chilena, era más alta que nuestras compañeras, de tez blanca y un pelo rubio hermoso y unos ojos azules que al mirarlos sentías que se estaban riendo solos. Pensé que era alumna de intercambio, pero no, y así como llegó también se fue.

Ese primer día estábamos en un examen, ella llegó días después que el resto, no la había notado, hasta que pasó adelante a hacer una consulta al profesor. No pude dejar de mirarla. Me distrajo tanto que me fue mal. Después de ese día no la pude ver hasta un tiempo más. Paradójicamente fue ella quien se acercó a mí para pedirme unos datos. No es que no me animara, pero estaba terminando unos ramos que eran muy complejos y que me tenían entre las cuerdas. Fue así como empezó nuestra relación.

Mi madre, sabiendo que aun sufría por romper con ella, esperaba que me levantara para seguir adelante. Y eso es precisamente lo que más cuesta: el vacío que se siente, acompañado por la

lejanía de tus amigos y la mala energía que te aporta la pandemia. Todo junto. Sólo estuve unos minutos dándole vuelta a sus palabras. ¿Qué decir? Quizás ella ya sabe lo que pienso y por eso mismo me permitió ese espacio de reflexión. No conozco mucho de su historia con mi padre, no sé si fue una relación feliz hasta antes de que muriera, sólo sé que asumió la labor de madre y padre, echándose al hombro nuestras vidas y nuestra educación. “Joshe” ya está por pasar a la media y yo ahora la ayudo, ya que me lo dio todo para poder estudiar.

- Mamá, sé que todo va a estar bien, sólo que me duele todo esto. Ya me pondré de pie. Sólo es cuestión de tiempo. – Mi madre me tomó la mano y me sonrió compasivamente: “¡Así será!”

Lo que más me impresionó de aquella velada fue el hecho que me comentara con más detalles sobre la relación con mi difunto padre, aquella que, quizás por nuestra inmadurez, esperó contar.

Siempre fue una mujer que defendió a su hombre. Respetuosa como es ella, no quiso seguir intentando una segunda vida con otro amor. Sabría después de esa noche que mi padre fue el amor de su vida y que, en cierto sentido, la marcó para siempre y, más allá de no superar su pérdida, quiso cuidar del recuerdo de amor que le había quedado: nosotros.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Me di varias vueltas pensando en las cosas que mi mamá se había animado a contar. Recordé mucho a mi padre, recuerdo una linda infancia y una adolescencia donde me hizo mucha falta.

Maldita enfermedad que se lo llevó privándonos de sus latidos. Luchar contra un cáncer es terrible. Más cuando te desahucian y solo te espera ver llegar la muerte.

Mi padre fue un hombre serio, pero cariñoso como pocos, alto y de huesos prominentes, amante de esta tierra y sus costumbres, las que nos hizo aprehender desde pequeños y hasta lo último de sus días. Me enseñó tanto con tan poco que hoy siento una deuda muy grande, impagable, y por eso cala tan hondo que mi madre me hablé más cosas de él que no conocía.

Me contó de ese amor que vivieron 2 tiernos vecinos que desde niños jugaron a ser esposos, y que crecieron juntos, fueron como un fuego imparable, que ningún cáncer ni pandemia nefasta se va a poder llevar nunca: “Lo amo, y siempre lo amaré”, suspiró mi madre, entremedio de algunas lágrimas.

Cuando conocí a Catalina soñaba en construir algo hermoso como ellos, subliminalmente. Quizás eso es lo que más me agobia: sentir que puedes entregar todo y que, de repente, tu aliento se va con la persona a la que se lo diste.

Más allá de lo que pudo ser y no fue, algo me marcó… todavía no encuentro la persona indicada. Debe de existir, cómo mis padres la encontraron. Por lo tanto, realidad o no, me dispuse desde ese momento a dejar que eso ocurra. No fue en esta pasada, pero, con el tiempo, veremos.

Desde que tuve ese punto de inflexión decidí hacer algo más, más que la rutina diaria, dejar de lamentarme.

Parecía que el sol no entraba por las ventanas de mi departamento hace meses. ¡cómo te cambia los aires de la casa con su brillo! Sentí mi espacio cómodo y tranquilo y así muchos detalles simples, que se ignoran, me reconfortaron. Ver lo afortunado que era por todo lo que la vida me había dado: una carrera que amo, un trabajo que no perdí a pesar de la crisis económica que vivimos, mi departamento, mi familia, mis amigos; a pesar de lo lejos, siguen ahí, dentro.

De pronto, recordé que se venía septiembre y que, a pesar de que no se iban a realizar las fondas, el sentimiento y las tradiciones no van a dejar de ser, sobre todo cuando están ligadas, en mi caso, a una tradición familiar. Mi padre soñaba que participáramos en algún conjunto folclórico, tocando algún instrumento o bailando. Lamentablemente perdí todas las ganas de llevarlo a cabo cuando falleció.

De repente lo tuve tan claro, qué mejor que honrar su memoria, haciendo aquello que lo hubiera llenado de alegría y en fechas como estas. No sé tocar ningún instrumento, pero el baile se me da mucho mejor. Busqué algunas de estas agrupaciones emergentes por internet que estuvieran en mi comuna, o alguna cercana, hasta que di con una de jóvenes que estaban armando un proyecto. Por la pandemia no pueden reunirse grupos muy grandes, así que me acomodaba bien.

¡Cómo te cambia la vida, cuando estás dispuesto al cambio! De estar el día viendo series de tv paga, a estar transpirando toda tu polera al son de unas melodías que te conectan con tu infancia, con las sonrisas de tus seres queridos, sintiendo en cada compás, los silbidos y palmas de tu padre y los ¡huiiiijaaaa! Señalando los cambios en la coreografía, abrazar tu bandera, contar las historias que nos han llevado a ser el país que somos, construido por las manos esforzadas y corazones aguerridos como los de mis padres, que creyeron y se amaron hasta el final.

Es impagable la deuda que siento con aquellos que me formaron para ser lo que hoy soy. Han pasado meses desde que soy parte de este grupo de amigos con los que comparto la pasión por mi tierra y su cultura. Sofía apareció entre pies de cueca y zapateos, detrás de rostros sudorosos, y jolgóricos, compenetrados a tiempo, latiendo en la misma dirección, bella como el otoño, abrazó mi historia y yo la de ella, y así espero vivir mi momento, honrando la memoria, gritando desde dentro ¡viva mi Chile, mierda!